

Por una mirada múltiple a “nuevos fenómenos sociales”¹

Jorge E. Aceves Lozano*

INTRODUCCIÓN

¿De qué manera podemos acercarnos al análisis teórico y a la investigación empírica de fenómenos sociales aparentemente “nuevos”, como los así denominados nuevos movimientos sociales?

¿Cómo podemos retomar los aportes y enfoques críticos que desde distintas disciplinas se han desplegado en las últimas décadas al abordar su conceptualización, no sólo desde una perspectiva crítica sino con una mirada anclada en la circunstancia latinoamericana? ¿Es factible y pertinente plantearse un estudio que combine aportes pluridisciplinarios?

En este ensayo se revisan algunos enfoques de las ciencias sociales que se han desarrollado —de manera separada— para abordar y conocer los procesos sociales y culturales que están moldeando la era actual. Primero se marca el problema general que parece estar experimentando la época actual y los cambios que le subyacen; luego, en la consideración del pensamiento de un destacado antropólogo, se apuntan algunas ideas que nos permiten ubicar los problemas culturales en un contexto más amplio y a sensibilizarnos en los aspectos simbólicos de la vida social; se menciona entonces

* Licenciado en antropología, maestro en historia por la UAM-I, investigador del CIESAS, México.

la experiencia de la historia social como ejemplo de la posible confluencia disciplinaria que surge como alternativa a la parcialización en los procesos de conocimiento de la sociedad moderna y capitalista; por último, se menciona la necesidad de ubicar histórica, social y culturalmente los esfuerzos por abordar los fenómenos sociales.

UNA METAMORFOSIS

La situación actual de las ciencias sociales se parece a lo que acontece con el gusano que, encerrado en su capuchón, espera y se esfuerza por lograr su transformación y convertirse en un cuerpo más desarrollado y apto, más atractivo y libre, tal cual es un mariposa. No toda metamorfosis deviene un cuerpo alado multicolor, más perfecto y libre, abierto al exterior; simplemente puede ser sólo un cambio de piel, una nueva envoltura, que protege y aísla como un cascarón a la cría sin nacer.

De manera similar, la historia, la antropología, la sociología y demás ciencias sociales se están esforzando por salir del capullo construido tenazmente a lo largo del siglo XX, para transformarse en algo nuevo; la metamorfosis buscada está dilatándose más de lo que se quisiera, por lo que han surgido ideas y soluciones que pretenden acelerar el proceso y fabricarse una nueva constitución que de una vez por todas supere los escollos del modo y la cultura "modernos".²

Nuevos cuerpos teóricos en las ciencias sociales han decidido apelar a la salvación individual, a la operación de negar las voluntades generales, los modos sociales colectivos, las utopías humanas. La ciencia social se apareja al modo de la conciencia más liberal y antisocial; los sustantivos y las categorías del lenguaje predominante descontextualizan la acción y

el pensamiento de los individuos y grupos sociales. La época actual es una expresión del desarrollo decantado de la ideología moderna sustentada en la prioridad del ser individualista, eje y centro de lo que aún puede llamarse colectividad humana. Las ciencias sociales no fueron los entes productores y creadores de esta relativamente exitosa transformación de la ideología y las formas predominantes de orientar la historicidad de la sociedad.³

El capullo, o cascarón, como se le quiera ver, fue roto en otro lado, en espacios y tiempos históricos concretos que van más allá de la colectividad específica que despliegan los ejércitos de intelectuales y tecnócratas vinculados al poder. Sin embargo, los científicos sociales tampoco estarían sólo limitados a reflejar lo que acontece en el exterior de su curiosa "mirada", sino que también adelantan pistas y guías para el camino por recorrer; pretenden o llegan a ser jinetes de un caballo medianamente domesticado que, salvaje y empecinado, batalla y se contorsiona para llegar al siguiente punto, el cual no está del todo previsto.

¿Será posible que el espíritu antimodernista, que la apuesta posmodernista de pensar en las ciencias sociales nos permita siquiera detectar y reconocer los escollos para lograr un estado y un modo de vida social y material más igualitario, humanista, plural y libertario, etc.?⁴ Opiniones más ecuanímes y decididamente críticas ponen en duda esta posibilidad.⁵

Frente a la crisis general de paradigmas⁶ y ante los nuevos fenómenos sociales, ¿qué nos pueden aportar los enfoques críticos de las disciplinas que se supone están en franca crisis? Estos procesos sociales que aparentan ser novedosos, ¿se inscriben y se tratan de comprender en una perspectiva plural, holística, colectiva, o más bien se insertan en contextos interpretativos vinculados a puntos de partida discriminativos que privilegian al individuo, al reduccionismo utilitarista, a la ideología ultraliberal?⁷

CONSTITUTIVOS DE LA SOCIEDAD MODERNA

Louis Dumont (1982) ha desentrañado los constitutivos que organizan y fundamentan la ideología económica de la era moderna, ha expuesto la contradictoria sucesión de eventos y pensamientos que han separado las sociedades occidentales modernas de las sociedades de carácter tradicional que estaban inmersas y aglutinadas en una ideología tradicional, donde el todo se imponía al individuo, al hombre empírico y genérico. Las categorías económicas emergen en la sociedad moderna como los ejes rectores y organizadores no sólo del pensamiento y de la ideología, sino de todos los sistemas productores de significados socioculturales.⁸

En las sociedades de tipo moderno, explica Dumont, predominará una concepción "individualista" frente a una de tipo "holista". Las de tipo moderno valoran en primer lugar al ser humano individual; en las del tipo holista, las necesidades del hombre como tal son ignoradas o subordinadas; la concepción individualista, por el contrario, ignora o subordina las necesidades de la sociedad. En las sociedades tradicionales las relaciones entre los hombres son más importantes, más altamente valorizadas que las relaciones entre hombres y cosas—la sumisión a las jerarquías es un valor central—; a diferencia de las sociedades modernas, en donde las relaciones entre hombres están subordinadas a las relaciones entre los hombres y las cosas —el igualitarismo es su valor cardinal (1982; p. 14-16)—. El cambio de una sociedad tradicional a una tipo moderno se dio con base en una revolución en los valores a lo largo de varios siglos en el Occidente.⁹

La ideología, que según Dumont (1982: pp. 28-33) sería el conjunto social de representaciones, o sea el conjunto de las ideas y los valores comunes en la sociedad, como unidad de representación, no está

exenta de conflicto o contradicciones. Por lo que el proceso de construcción de la ideología moderna ha sido un camino de hechos y opciones, entre otros posibles, de conformación cultural. Y que por lo demás, "ninguna ideología en su totalidad puede ser considerada "verdadera" o "falsa", pues ninguna forma de conciencia es completa, definitiva o absoluta. El "liberalismo" ha sido parte sustancial de la ideología moderna que ha dominado el siglo XIX y gran parte del siglo XX. Doctrina que se justifica en el papel sagrado del mercado, en una nueva concepción de la riqueza y en la tajante ruptura de valores con la sociedad tradicional: la separación radical del ámbito económico del tejido social y su construcción en un dominio autónomo, distinción desconocida en las sociedades tradicionales, entre la esfera de lo "político" y lo "económico" (*ibid*, págs. 17-18).

La ideología moderna está enraizada fuertemente con el pensamiento económico que surgió en este proceso. La tendencia a la separación, compartimentación y especialización de las esferas de la vida social afectan también las maneras como se identifican y construyen los "objetos" de las ciencias sociales. Dumont escribe que el reto es seguir de cerca la inspiración antropológica que consiste en el proceso contrario, o sea en "reunir" en la perspectiva holística el examen de la sociedad y sus fenómenos, p. e., la ideología moderna, con todas sus concomitancias y contextualidades sociales e históricas (*ibid*, p. 38). De esta manera, Dumont, como analista social, propone la consideración holista, pluralista y comparativa en el examen de la sociedad moderna y particularmente de la ideología que la domina.¹⁰

Pero esta perspectiva de acercamiento a los fenómenos sociales de la sociedad moderna y contemporánea no ha sido comúnmente el modo por excelencia. El análisis de la ideología moderna y de la cultura en

general ha transitado por vertientes contradictorias y a veces en extrema oposición. Pero de nuevo se formulan enfoques y modos para lograr la idea plural de reunir métodos y pensamientos.

UN MODO ANTROPOLÓGICO DE ABORDAR LA CULTURA

El enfoque holista ha sido —aunque no en todos los casos— una característica de la teoría y del análisis antropológico. Han sido antropólogos contemporáneos quienes han aportado una serie de elementos y propuestas analíticas para el escrutinio y comprensión de la cultura. El conocimiento y la interpretación antropológicos han alcanzado un desarrollo teórico y empírico en personalidades tales como Clifford Geertz, Marvin Harris, Marshall Sahlins, David M. Schneider, o bien, Víctor Turner, Maurice Godelier, E. Terray, entre otros más. En éstos y en sus discípulos se reconoce una herencia intelectual decantada de la generación anterior: E. Leach, Lévi-Strauss, G. Devereaux, o pensadores como M. Foucault, A. Schutz, T. Parsons, E. Goffman, H. Garfinkel, etc.¹¹ En este ámbito se ha desarrollado especialmente una corriente que ha configurado una antropología eminentemente “interpretativa” sobre los hechos simbólicos de la vida social; y que como estandarte ha propugnado ensayar una concepción semiótica para el análisis cultural.¹²

El panorama es complejo y no podría hacer ahora un balance del estado del arte actual, por lo que para efectos de este trabajo sólo consideraré la contribución de un antropólogo de gran relevancia, pero que no necesariamente sintetiza ni asume las diversas posiciones y los modos de pensar, ya que la práctica y el pensamiento antropológicos contemporáneos transitan

por caminos plurales, heterodoxos y frecuentemente ubicados en arenas de discusión permeadas por la polémica.¹³

Marshall Sahlins,¹⁴ destacado antropólogo de la Universidad de Chicago, expone con amplitud en *Cultura y razón práctica* esta historia al reconstruir los modos teóricos de acercarse al estudio de la cultura, no sólo en sociedades tradicionales, sino también en las modernas y contemporáneas.

La revisión y el estudio sistemáticos de la teoría antropológica que realiza Sahlins concluye con la reivindicación de un modo —el simbólico— y una razón particular de comprender el objeto por excelencia de la antropología: la cultura. Sahlins postula que el “significado es la propiedad específica del objeto antropológico”, donde las culturas son órdenes significativos de personas y cosas. Su postura enfrenta a las ideas y razonamientos que afirman que la cultura “deriva de la actividad racional de individuos que persiguen sus propios intereses más convenientes”, en un modo utilitarista, donde impera la lógica de la maximización de las relaciones sociales, los medios de producción y los fines que persiguen los hombres (1988, pp. 9-10).¹⁵

Para Sahlins, el verdadero problema del despliegue de las teorías que se sustentan en una razón práctica es que plantean la eliminación de la cultura como objeto distintivo de la antropología. Estas teorías se presentan en dos caminos: uno, que es el naturalista o ecológico, y el segundo que es el utilitario o economista, que invoca el conocido cálculo sobre medios y fines del sujeto humano racional. El ‘naturalismo’ entiende la cultura como el modo humano de adaptación. Siendo la cultura un orden instrumental, es de una manera u otra absorbida por la naturaleza. El ‘utilitarismo’ se interesa por la actividad intencional de los individuos encaminada a procurar atender sus intereses y alcanzar su propias satisfacciones. Se presupone

un Hombre económico universal. Se asume a la cultura como un ambiente o un recurso a disposición del “individuo manipulador”. Aquí,

...sólo los actores son reales; la cultura es el epifenómeno de sus intenciones. Estos tipos de razón práctica tienen en común una concepción empobrecida de la simbolización. Ninguno de estos tipos de razón práctica ha sido capaz de explotar a fondo el descubrimiento, efectuado por la antropología, de que la cualidad distintiva y constitutiva de los hombres es la creación de significado, acto que organiza las relaciones entre los hombres, así como entre ellos y la naturaleza (*ibid*, pp. 105-106).

Las alternativas de este conflicto entre el utilitarismo y la explicación cultural —simbólica— serían, para Sahlins,

...tratar de saber si el orden cultural será entendido como la codificación de la acción real del hombre, intencional y pragmática, o bien si, inversamente, debe entenderse que la acción humana en el mundo es mediada por el proyecto cultural, que imparte orden a la vez a la experiencia práctica, a la práctica consuetudinaria y a la relación entre ambas (1988, p. 61).

El examen de Sahlins transita desde Morgan y Boas, pasando por Marx y Durkheim, sin olvidar la crítica radical al funcionalismo británico y al materialismo reduccionista.¹⁶ Es reveladora la transición del pensamiento del autor desde una supuesta simpatía y/o adscripción a un materialismo cultural de carácter marxista, hacia una concepción semiótica no reductiva de la cultura: “...las fuerzas materiales, tomadas en sí mismas, carecen de vida. Sus movimientos específicos y sus consecuencias precisas sólo pueden ser estipulados si se los combina progresivamente y con las coordenadas del orden cultural...” A primera vista pareciera

que el enfrentamiento de las lógicas de lo cultural y lo material fuera desigual, pero el error consiste

...en que no existe lógica material al margen del interés práctico, y el interés práctico de los hombres por la producción está constituido simbólicamente. Las finalidades, así como las modalidades de la producción provienen del lado cultural; tal como los medios materiales de la organización cultural y la organización de esos medios materiales (*Ibid*, p. 205).

El análisis cultural esbozado en el esquema de Sahlins comparte algunas de las propuestas de llevar a cabo el análisis social desde un punto de partida que no considere exclusivamente la lógica y la racionalidad del individuo calculador, sino que enfoque y privilegie la práctica social, las mediaciones, lo perteneciente al ámbito de las relaciones sociales y de los procesos de representación simbólica de las mismas. En este sentido, la percepción y la construcción del objeto de la antropología propuestas por el autor se insertan en los modos pluralistas y relacionales de entender la vida social. La reflexión crítica sobre los reduccionismos y utilitarismos en la teoría antropológica ha facilitado el desarrollo de una postura teórica sobre la especificidad de la cultura —lo simbólico— que en la actualidad enfrenta, sin que se haya decidido aún, posturas teóricas escépticas e irracionalistas que se desarrollan con ímpetu en algunos países centrales de la cultura occidental.¹⁷

Ahora demos un giro de atención, y consideremos lo que desde otra disciplina, la historia, se ha desarrollado para comprender los fenómenos sociales y culturales de la actualidad y del pasado. La historia puede mostrarnos aspectos que ahora preocupan en otras disciplinas, y que por haberlo vivido pueden enseñarnos caminos por ensayar: particularmente la perspec-

tiva del análisis no circunscrito, no reduccionista e integral.¹⁸

APORTES DESDE LA HISTORIA SOCIAL

Quizá sea la historia social que surge después de la Primera Guerra Mundial en Europa¹⁹ la que más claramente ha mostrado el interés por desarrollar una perspectiva holística, plural y decididamente inserta en una intención colectivista. La penuria del historicismo y el abandono del positivismo en la historiografía de la primera mitad del siglo XX llevaron a una crisis general la praxis historiográfica predominante, de la cual comenzó a salir, y la superó con base en una serie de replanteamientos de la propia disciplina, de su objeto de estudio, sus métodos, sus temas y su vinculación con las demás ciencias sociales del momento.

La historia logró resurgir gracias a la posibilidad que se le presentó al confluir con la economía, la antropología, la sociología, la geografía, la lingüística, etc. La apuesta pluridisciplinaria renovó y reconstituyó la práctica histórica con nuevos temas y problemas, así como nuevos principios éticos y formas de vinculación con la sociedad a la que intentaba servir. Esta tendencia sufrió una aceleración a partir de la década de los sesenta, que junto con el desarrollo de grandes movimientos sociales en casi todo el mundo y una crisis en los paradigmas teóricos predominantes en la historia y en las demás ciencias sociales, propició el surgimiento de una modalidad del análisis histórico: la denominada historia social. Con el tiempo, esta perspectiva holista derivó hacia una serie de aproximaciones historiográficas que privilegian ciertos aspectos de los fenómenos sociohistóricos, pero sin renunciar a la perspectiva integral y globalizante.²⁰

En lo que se conoce en la actualidad como "historia social" se enfatiza que en este enfoque historiográfico se concibe al hombre como un ser social, y por lo tanto histórico, cambiante, que actúa en tanto perteneciente a un grupo social y que en ese nivel es donde opera su conciencia, su sistema de representaciones culturales. Este enfoque siempre será una aproximación holista o total, ya que hincará sus raíces en la economía y en la demografía, pero no podrá eludir el estudio de las ideologías y las mentalidades.²¹ El historiador social no pretende aferrarse a los conceptos ya que todo cambia y nada es totalmente independiente de una estructura global, la cual a su vez también experimenta modificaciones.²²

Sin embargo, y a pesar de las modas, no existe un procedimiento único para hacer historia social, ya que las maneras de escribir historia son tan diversas, las técnicas empleadas tan variadas, los temas tan desiguales, y por encima de todo, las conclusiones tan polémicas y controvertidas, que resulta difícil aducir una coherencia disciplinaria.

La lógica histórica rechaza, por lo tanto, conceptos analíticos estáticos, elimina procedimientos autoconfirmatorios, puesto que el discurso histórico consiste en un diálogo entre concepto y dato empírico, diálogo conducido por hipótesis sucesivas, por un lado, e investigación empírica por el otro.²³

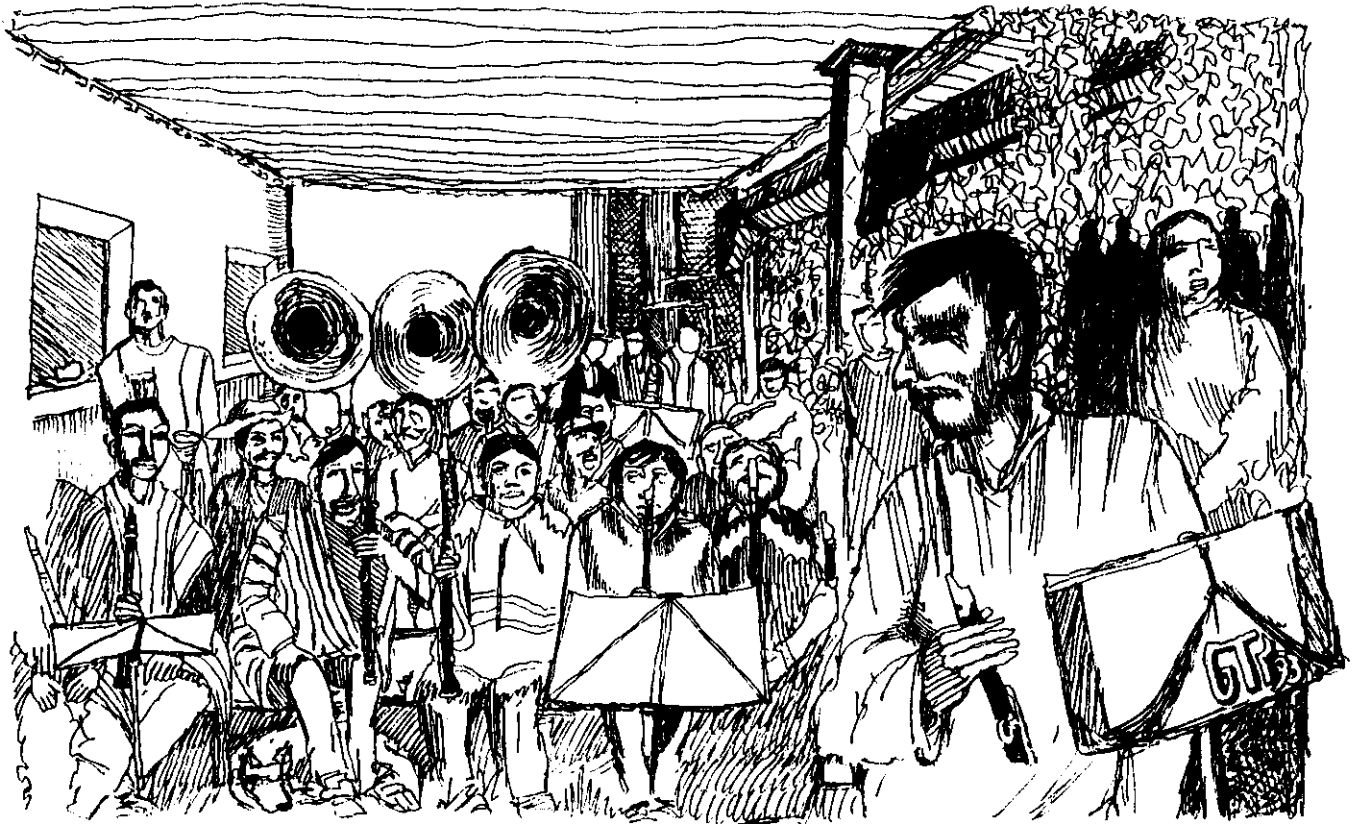
La historia no es una empresa para la producción de una 'Teoría máxima', ya que su labor consiste en rescatar, explicar y comprender su objeto, la historia real. La explicación histórica no revela de qué manera la historia debió acontecer, sino por qué aconteció de esta manera y no de otras, ya que el proceso no es arbitrario y tiene su propia regularidad y racionalidad; que ciertos tipos de acontecimientos han de ser relacionados no de la manera que a uno le guste, sino de manera concreta y dentro de determinados campos de

posibilidades; que ciertas formaciones sociales no están gobernadas por una "ley" ni son "efecto" de un teorema estructural estático, sino que se caracterizan por determinadas relaciones sociales y por una particular lógica del proceso histórico.

El conocimiento histórico es, por lo tanto, provisional, incompleto, selectivo, mas no por ello falso; además, está limitado y definido por las indagaciones

realizadas conforme a los datos empíricos. Los interrogantes y las respuestas son mutuamente determinantes, y su relación sólo puede entenderse como un diálogo. La práctica histórica está involucrada en ese diálogo constante entre teoría y práctica, en una confrontación entre conceptos e hipótesis, por un lado, y fuentes empíricas por el otro.²⁴

La historia social se presenta como una propuesta



diferente, alternativa, de alcance global y perspectiva integral, amplía notablemente los métodos, los temas y la problemática del quehacer historiográfico contemporáneo. En cuanto al método propuesto, la historia social ha considerado la inclusión y ampliación de los sujetos históricos, ya que intenta dar una mayor relevancia y presencia a los grupos humanos antes poco o insuficientemente considerados por los narradores oficialistas de la historia; los nuevos sujetos sociales de interés histórico serán entonces los grupos y las clases subalternos.

El eje de la investigación del cambio histórico pondrá énfasis en las relaciones sociales concretas entre los diferentes grupos sociales, y aunque puede considerar dentro de su preocupación heurística los actos y las decisiones de individuos relevantes y atípicos —p. e. las “élites”—, enfoca su atención principalmente hacia la “gente común”, el “pueblo”, las colectividades humanas. Respecto a las fuentes históricas, la historia oficial propone una crítica y una reinterpretación de las evidencias tradicionalmente empleadas por el historiador tradicional. Frente a su propuesta de considerar e incluir nuevos sujetos de estudio se ha enfocado en reunir, sistematizar, clasificar y conocer nuevas fuentes y cuerpos de evidencia histórica, pasando por la producción de nuevos tipos de fuentes, donde sobresalen de manera relevante los ‘archivos orales’.

Dentro de esta tendencia disciplinaria se ha derivado y desarrollado una forma particular de hacer investigación y análisis histórico: la “historia oral”. A este método histórico le interesa conocer y comprender la dinámica propia de los grupos y las sociedades humanas en diversas latitudes; como parte de una disciplina científica le motivan los hechos y eventos sociales en que intervienen instituciones e individuos como integrantes de ciertos procesos sociales, econó-

micos, políticos o culturales.²⁵ Tiene como uno de sus fines producir conocimientos y no ser sólo una elaborada técnica para la exposición de las evidencias orales. De modo que la historia oral es un procedimiento de construcción de nuevas fuentes para el análisis histórico, con base en los testimonios orales sistemáticamente recopilados para investigaciones específicas, bajo métodos, problemas y puntos de partida teóricos explícitos.²⁶

La necesidad de llevar a cabo estudios complejos y analíticos ha orientado a la historia oral a buscar la interdisciplinariedad y a alimentarse de aportes de la antropología, la sociología, la psicología, la lingüística, etc., no sólo con respecto a conceptos y métodos, sino en técnicas, problemas, intereses.²⁷

La autocrítica realizada por la historia desde los años sesenta ha facilitado este proceso de salir de la compartimentalización y especialización predominantes en las ciencias sociales, así como de romper ataduras impuestas por la ideología moderna, en el sentido empleado por L. Dumont. La perspectiva holista, que centra su análisis en la colectividad y en sus relaciones sociales, no se contradice en esta versión metodológica, ya que el individuo y su experiencia no están nunca desencajados de sus “mundos sociales y culturales”; lo que se recopila y examina en historia oral son versiones y construcciones socialmente constituidas y compartidas, a pesar de estar ancladas en experiencias individuales. El método no reduce la experiencia individual al contexto y a la colectividad, sino que la comunica, busca los puentes y los procesos mediadores que hacen y permiten a los individuos construir y ser parte de una identidad cultural. La historia oral se adentra en lo social al incursionar en y con los individuos, sin eximirse de la responsabilidad de reconstruir el mismo proceso de constitución de sus fuentes como un proceso de comunicación intersubjetivo.²⁸

¿A NUEVOS FENÓMENOS SOCIALES,
NUEVAS APROXIMACIONES?

Ciertamente, pensar que los nuevos movimientos sociales son una ventana más para examinar la crisis global, no de los paradigmas y del Estado liberal benefactor, sino de la propia sociedad “moderna” capitalista que va en pos de un renovado liberalismo, es ir contra la corriente posmoderna.

Uno se pregunta —como lo hace J. Alonso,²⁹— por qué, tanto el liberalismo como sus ideólogos se complacen por el surgimiento de una diversidad de grupos sociales y por el declinar de otros tantos. Se argumenta que en buena medida es así porque el neoliberalismo exalta los nuevos movimientos sociales en tanto su actuación incide en la reducción del ámbito estatal. Los neoliberales parecen soñar que es factible eliminar los conflictos y las tensiones sociales originados por la explotación si se niega la existencia conflictiva de las clases y se decreta el “fin de la historia” y de las contradicciones sociales. Con esta presión posmoderna parece fortalecerse “...una vuelta al mundo de lo privado, y se ha llegado a desembocar en anomia y desintegración”; se pretende además una nueva época libre de utopías, en donde los niveles individualistas y la cerrazón localista sea lo prevaleciente.³⁰

Lo neoliberales reivindican el régimen de propiedad privada y el principio de la subsidiaridad como algo imprescindible, y se pronuncian en contra de todo pluralismo o forma colectiva de organización —p. e., sindicalismo—; son acérrimos defensores de la iniciativa privada empresarial y siempre estarán en favor de un mercado completamente libre. La única igualdad aceptada es la de oportunidades. El neoliberalismo, al querer presentarse como el único y verdadero portador de los valores democráticos, olvida que su constitución es de carácter netamente individualista.³¹

El panorama analítico de los nuevos movimientos sociales tiene que ver no sólo con la manera como se observa el fenómeno, sino también con la posición y el contexto histórico y cultural desde los cuales se realizan los análisis. En la perspectiva de América Latina los resultados pueden reportar diferencias no sólo de matices, sino en sus resultados globales. La reflexión que se ha realizado desde los centros hegemónicos —Europa y Estados Unidos, p.e.— ha estado determinada por sus propias circunstancias y por los procesos recientes de transformación social en los niveles generales. Cuando se han hecho intentos similares en nuestras latitudes, los resultados han sido menos apegados y alineados a la ideología neoliberal.³²

De alguna manera el esfuerzo está progresando y los pensamientos críticos más relevantes van siendo incorporados al análisis de la coyuntura latinoamericana y van fortaleciendo el pensamiento y la teoría que se produce regionalmente, como es el caso de J. Habermas o de Alain Touraine, p.e.³³

La experiencia de investigación y la propia historia de América Latina evidencian que los movimientos sociales acá generados tienen que ver con aspiraciones de tipo colectivo, populares, que representan a los sectores sociales que sufren explotación y dominación. La reciente coyuntura centroamericana que plantea retos teóricos a un nuevo marxismo ha sido abordada con originalidad.³⁴ Por otro lado, tampoco se trata de generar todo a partir de cero con base en la consideración de una mal asumida regionalidad latinoamericanista. La alternativa que enfrenta teórica y prácticamente a la nueva faz de la ideología moderna liberal tiene que reunir y conjuntar todo lo que permita hacerlo, más que desechando, sumando críticamente, cuestión, por cierto, nada sencilla en la coyuntura histórica actual.³⁵

RETOS POR ENCARAR

Con estas consideraciones he presentado dos posibles aportes para la gradual construcción de aproximaciones menos complacientes y más críticas frente a las nuevas realidades sociales. Realidades que no son tales, hasta el momento en que las construimos como un objeto de nuestra atención, científica o no. Tanto el análisis cultural esbozado por la corriente simbólica de Sahlins,³⁶ como las propuestas de métodos de la historia social contemporánea, pueden aportarnos ciertos conceptos, metodologías y experiencias, que iluminen nuestra labor.

Nuestros países no requerirán la importación de modelos teóricos y de nuevos espíritus científicos mientras se persevera en la construcción de un conjunto de modos de pensar y de reconocernos más propios con el afán de actuar en nuestras realidades sociohistóricas. No obstante, hay que volver la mirada también hacia Europa, Estados Unidos, y otras latitudes, con el afán de revisar, decantar y críticamente reconstruir nuestra capacidad analítica. De lo existente, saquemos provecho.³⁷

Quizá en un futuro no tan lejano se reconstituyan utopías más humanistas, ahora un tanto clandestinas, y que como aquel gusano que luchaba por romper el caparazón que le impedía salir y ser otra renovada y más desarrollada creatura, quizás, las ciencias sociales raspen con fuerza sus ataduras y cascarones y puedan llegar a ser un buen faro para comprender y guiar de manera más trascendente la acción humana.

NOTAS

¹ Versión modificada del trabajo presentado en el Seminario teórico del "Área de Antropología e Historia" del Doctorado en Ciencias

Sociales, CIESAS-U. de Guadalajara. Se agradecen los comentarios de los compañeros del seminario y los del lector anónimo para efectos del dictamen.

² Desde la década de los ochenta, "...las cosas han comenzado a cambiar en los dominios del conocimiento y también de la ética y del derecho, de la arquitectura, de la literatura y del arte. Se ha instalado nuevamente en las conciencias la duda, una nueva 'duda metódica', que además renuncia *ab initio* a todo afán de fundamentación absoluta y se despoja de toda nostalgia de sistematicidad. Se plantean reticencias, observaciones y sospechas con respecto a casi todo: la adecuación, la coherencia y la consistencia, el consenso y las formas de legitimación, la idea de historia universal y de progreso, la categoría de sujeto, las reglas del arte y del discurso, el constructo Estado-nación, los metarrelatos de emancipación, etc. "...el fantasma de la posmodernidad recorre el mundo". J. Ignacio López S., "De búsquedas y perplejidades. Notas sobre el tema de la posmodernidad", en: *Ciudad y cultura*, año 10, núm. 28, marzo 1992, Lima, p. 52.

³ Edgar Jiménez C., en "El modelo neoliberal en América Latina", *Sociológica*, año 7, núm. 19, mayo-agosto 1992, pp. 56-77), explica el proyecto neoliberal, y nos dice "...en el análisis neoliberal, subyace la consideración de que lo que está en crisis no son las relaciones de producción prevalecientes, sino ciertas formas de administración e intervención estatal y de política económica [...] el neoliberalismo pone en duda el manejo del Estado asistencial-benefactor [...] plantea que la democracia es un método que debe modificarse [...] ya que la movilización masiva ha dañado al sistema [...] se trata de redefinir el contenido de la democracia, de sus instituciones, de la forma de hacer política y de los mecanismos de participación [...] la única alternativa que tiene el sistema de mantener su estabilidad es promover la despolitización de la sociedad [...] el neoliberalismo plantea la reforma del Estado y la modernización económica basada en la reinsertión competitiva de América Latina en el mercado internacional [...] busca desplazar al movimiento obrero de la centralidad de la lucha política e intenta relocalizar el conflicto en la esfera jurídica [...] la opción neoliberal se presenta como el camino necesario para "salvar al sistema", como vía indispensable para recuperarse de la crisis y cuyos "costos sociales" quedarían compensados por las nuevas posibilidades que abre el crecimiento futuro [...] el modelo se presenta así como la "única" expresión "ante el mundo". Cfr. también el núm. especial de *Sociológica* (núm. 19) dedicado a la "Democracia y neoliberalismo. Perspectivas desde América Latina". Para una exposición crítica de la cultura de la posmodernidad, véase F. J. Hinke-

- lammert, "Utopía y proyecto político", en *Nueva sociedad*, núm. 91, sept.oct. 1987, Caracas, pp. 114-128.
- ⁴ M. Castillo Ochoa opina que en realidad en esta polémica posmodernista y de crisis de paradigmas, "...lo que se pone al día es el paso de la sociedad céntrica a la sociedad policéntrica. ("Hacia la sociedad policéntrica. Al encuentro del paradigma perdido", *Ciudad y cultura*, año 10, núm. 28, marzo, 1992, Lima, pp. 34-35.).
- ⁵ Cfr. Jorge Alonso, "Convergencias libertarias versus neoliberalismo", *Cuadernos*, revista de ciencias sociales, núm. 14, sep-dic. 1990, U. de G., pp. 18-23; F.H. Hinkelammert, "Utopía y proyecto político. La cultura de la posmodernidad", *Nueva sociedad*, núm. 91, septiembre-octubre 1987, pp. 114-128.
- ⁶ Para L. Dumont esta cuestión habría que concebirla más bien como una crisis del paradigma ideológico moderno, ya que estas crisis son consustanciales al sistema, y sin embargo han conocido una intensificación, y quizá una generalización (Homo aequalis, *Génesis y apogeo de la ideología económica*, Madrid, Taurus, 1982, p. 21). Según M. Castillo Ochoa (1992, p. 34). "...la relación entre la realidad y sus representaciones suele ser conflictiva. Por un lado existen las representaciones que pretenden ser la mediación entre la objetividad y la subjetividad (el arte, p.e.). Por otro, existen aquellas que buscan representar lo objetivo, para tratar de transformarlo. Es el caso de la ciencia y sus sueños positivistas de dominar la naturaleza y por eso las representaciones deben ser los más cercanamente exactas a la realidad. Pero no hay nada exacto, siempre está presente lo subjetivo, el reordenamiento de la representación por parte del actor. A las representaciones de la realidad aceptadas colectivamente, teorizadas y enunciadas sistemáticamente, las podemos denominar paradigmas".
- ⁷ Frente a esto, es de interés la reflexión siguiente: "no se trata solamente de hacer un inventario de los paradigmas muertos, sino de estructurar nuevos caminos para la razón, poniendo a esta última también en tela de juicio desde cada ciencia... no todas las ciencias avanzaron al mismo ritmo, no sortearon de igual manera los obstáculos que la modernidad impuso. No todas se aferraron con la misma desesperación a la tentación holística ni se resistieron con igual énfasis a las relaciones interdisciplinarias. No todo lo antiguo está caduco ni lo naciente es novedoso y permanente... Es cierto que es casi imposible diseñar el rumbo de la razón. De la misma manera se nos hace inconcebible renunciar a los ecos de la utopía, cualquiera sea su campo de resonancia. Desde el Sur subdesarrollado también tenemos derecho a pensar la historia". Presentación de: *Ciudad y cultura*, año 10, núm. 28, marzo 1992, Lima, p. 3; cfr. Luis Fdo. Rozas, "Acabemos de una vez con la cultura", en *Ciudad y cultura*, año 10, núm. 28, marzo de 1992, pp. 67-72, para una discusión sobre los modos de percepción "holísticos" y "discriminativos"; Carlo Mongardini, "The ideology of postmodernity", en *Theory culture & society*, vol. 9, núm. 2, mayo 1992, pp. 55-66.
- ⁸ Cfr. M. Sahlins, *Cultura y razón práctica*, Gedisa, México, 1988, pp. 208-210; para un enfoque complementario sobre el hecho de que en la cultura occidental, la economía, la producción material es el principal ámbito de la producción simbólica, a diferencia de la sociedad primitiva en donde el lugar es el conjunto de las relaciones sociales (el parentesco).
- ⁹ Dumont no deja de lado la necesidad de analizar los "totalitarismos", ya que a primera vista uno podría pensar que su opción se enfila hacia las sociedades de tipo holistas/jerárquicas versus las individualistas/igualitarias (1982, pp. 23-25).
- ¹⁰ Propuesta que por cierto no es nueva, ya que autores fundamentales para las ciencias sociales como Marx, Durkheim y Gramsci han reivindicado esta perspectiva; lo cierto es que ha sido una de las tendencias constitutivas de la antropología moderna, tal como M. Sahlins lo detalla (1988).
- ¹¹ Cfr. Sherry B. Ortner, "Theory in Anthropology since the Sixties", en *Comparative study of society and history*, vol. 26, núm. 1, 1984, pp. 126-166; Maxwell Owusu, "La etnografía de los etnógrafos y la etnografía. Teoría y práctica de la antropología sociocultural", en *Anuario de etnología y antropología social*, vol. 2, diciembre 1989, México, pp. 109-134.
- ¹² Roger M Keesing, "Anthropology as Interpretative Quest", en *Current Anthropology*, vol. 28, núm. 2, abril 1987, pp. 161-176; Eduardo Nivón y Ana María Rosas, "Para interpretar a C. Geertz. Símbolos y metáforas en el análisis de la cultura", en *Alteridades*, 1(1) 1991, pp. 40-49; C. Geertz, J. Clifford, et al., *El surgimiento de la antropología posmoderna*, Gedisa, México, 1991, 334 pp. (véase C. Geertz, "Géneros confusos. La refiguración del pensamiento social", pp. 63-77).
- ¹³ Por ejemplo: Renato Rosaldo, *Cultura y verdad. Nueva propuesta de análisis social*, México, Conaculta/Grijalbo, 1991 (1989), 229 pp. Especialmente los caps. 4 y 8; C. Geertz, *La interpretación de las culturas*, México, Gedisa, 1987 (1973), 387 pp. En particular la "Parte V: El salvaje cerebral: sobre la obra de Lévi-Strauss" pp. 339-372; M. Carrithers, "Antropología: ¿arte o ciencia?", en *Alteridades*, 1990, México, UAM-Iztapalapa, pp. 357-411; G.E. Marcus, "Imagining the whole", en *Critique of anthropology*, vol. IX, núm. 3, invierno, 1989, pp. 7-30.
- ¹⁴ *Cultura y razón práctica*, Contra el utilitarismo en la teoría

- antropológica, México, Gedisa, 1988 (Otros libros: *Moala* (1962), *Economía de la edad de piedra* (1972), *Historical Metaphors and Mythical Realities* (1981), *Islas de historia* (1985).
- ¹⁵ Sahlins coincide en este punto con Dumont, al afirmar que: "el contenido de la teoría económica varía, pero todas nuestras ciencias sociales participan en la concepción corriente de que la sociedad es el producto de la acción emprendedora. La sociedad es el conjunto de las relaciones empíricamente constituidas por la búsqueda de los intereses privados con los medios de que se disponga." (1988, p. 58)
- ¹⁶ En esta revisión no hay corriente o gran pensador que no sea reevaluado y criticado por Sahlins. De cualquier manera, su simpatía queda con Boas, con cierto estructuralismo francés, y particularmente con Marx. Respecto de Durkheim, Sahlins anota: "... lo que Durkheim expuso fue una objeción general a la adopción de la fórmula racionalista del individuo economicista como modelo de producción social, modelo que confiere a la sociedad el carácter de predicado de supuestas necesidades y finalidades humanas. A ese voluntarismo y a ese intencionalismo Durkheim opuso el hecho social... pero con tales propiedades y poderes, que llegan a representar la antiversión de la idea de la sociedad como resultado del interés individual. El argumento contra el ser individual consiste exactamente en la existencia de un ser social, y lo que hay contra el poder ordenador de la necesidad individual es la necesidad social... la sociedad tiene sus propios fines, que no son los del individuo, y es por los primeros, no por los segundos, que se debe entender la actividad social". Pero lo que Durkheim finalmente nos da, apunta Sahlins, es una lección de reificación positivista. (1988, p. 110)
- ¹⁷ De ninguna manera habría que descartar el desarrollo analítico y programático elaborado por la antropología interpretativa, con Clifford Geertz a la cabeza, que ha devenido una "antropología posmoderna". Acercarse al conocimiento de esta corriente de pensamiento antropológico requiere de mucha apertura, pero al mismo tiempo de una postura crítica y realista, sobre todo en un contexto socio-histórico como el de México. La compilación de C. Reynoso sobre el tema es ilustrativa y permite un conocimiento aproximado de las propuestas y dificultades que enfrenta una perspectiva como la allí expuesta: *El surgimiento de la antropología posmoderna*, Gedisa, México, 1991, 334 pp.
- ¹⁸ Para un examen minucioso, cfr. G. Barraclough, "La historia", en M. Freedman (coord.), *Corrientes de la investigación en ciencias sociales*, Madrid, Taurus/UNESCO, 1984; y J. Le Goff, *Pensar la historia*, Paidós, Barcelona, 1991.
- ¹⁹ Me refiero al trabajo y labor de L. Febvre y M. Bloch, "padres" de la revista (y corriente) los *Annales*.
- ²⁰ Surgieron la llamada historia económica, la historia demográfica, la geografía histórica, la historia de las mentalidades, etc., que descompusieron a la sociedad global en tanto se acercaron más estrechamente a las respectivas ciencias sociales de interés. La historia social siguió enmarcando una aproximación integradora que incluía aspectos económicos, políticos, demográficos, urbanos, de mentalidades, sociales, etc., cfr. P. Vilar, "Historia marxista, historia en construcción", en *Perspectivas de la historiografía contemporánea*, México, Setecientos, 1976; también para un desarrollo amplio véase C. Cardoso y H. Pérez B., *Los métodos de la historia*, México, Grijalbo, 1977; E. Hobsbawm, *Marxismo e historia social*, México, UAP, 1983; L. Stone, *El pasado y el presente*, México, FCE, 1986.
- ²¹ Anota P. Vilar (*op. cit.*, p. 157) que cuando se habla de historia total como un método holista "... se trata solamente de decir aquello de lo que todo depende, y aquello que depende de todo. Es mucho. Pero es menos que las inutilidades antaño amontonadas por las historias tradicionales, acumuladas en capítulos yuxtapuestos que, confiados a especialistas precisamente pretenden dar cuenta de todo". No obstante, no hay que equiparar a la historia total con la historia social, ya que la segunda se integra en el ámbito de la primera.
- ²² P. Vilar, *op. cit.*, pp. 145-157.
- ²³ E. P. Thompson, *Miseria de la teoría*, Crítica, Barcelona, 1981, pp. 66-67.
- ²⁴ E. P. Thompson, *op. cit.*, pp. 68-84.
- ²⁵ Los trabajos reunidos en la *International Annual of Oral History, 1990* dan cuenta de este interés por el multiculturalismo y por la primacía del estudio de la subjetividad, además de dar un panorama actual de los caminos que recorre la historia oral.
- ²⁶ Una exposición general y al mismo tiempo detallada de la historia, el desarrollo y los métodos de la historia oral se encuentra en: Ph. Joutard, *Esas voces que nos llegan del pasado*, México, FCE, 1986; Paul Thompson, *La voz del pasado*, Valencia, Antoni Bosch, ed., 1982. Las revistas *Historia y puente oral* (España), *Oralidad* (Cuba), *Oral History Journal* (Inglaterra), *Oral History Review* (Estados Unidos), *Life Stories/Recits de vie* (Francia) y el *International Annual* (Estados Unidos) y otras más que son los medios más adecuados para conocer los caminos actuales de la historia oral reciente a nivel internacional.
- ²⁷ El trabajo de M. Sahlins, *Islas de historia* (México, Gedisa, 1988), es un excelente ejemplo de los nuevos esfuerzos por superar, no sólo criticando, sino integrando. La aproximación a la historia y a la cultura de la Polinesia hecha por Sahlins es

ejemplar en la combinación del problema cultura-estructura, así como un ensayo que conforma una incipiente teoría de la cultura y del simbolismo en perspectiva histórica, algo así como una antropología de la historia, mediada por las estructuras y la cultura en acción.

²⁸ Punto central de debate en relación con la historia oral es la forma de construir y analizar la evidencia/testimonio, ya que se está hablando de *memoria, subjetividad, ideología, mentalidad, conciencia*, etc., todos ellos aspectos descuidados o evitados en la historiografía convencional, y en las ciencias sociales de tendencia más positivista y cuantitviva. La historia oral explicita la *materia* subjetiva que trabaja, y al hacerlo echa mano de cuanto control y manejo esté a su alcance para precisar y reconstruir el proceso de construcción de sus fuentes; esto sería el particular aporte de "objetividad" que le otorga a su evidencia oral. Cfr. J. Aceves (comp.), *La historia oral*, México, UAM-Instituto Mora, 1993, 264 pp. (Antologías Universitarias).

²⁹ J. Alonso, "Convergencias libertarias versus neoliberalismo", *op. cit.*, p. 20

³⁰ Cfr. Alonso, *op. cit.*, pp. 19-20.

³¹ *Ibid.*, pp. 19-21; véase también el agudo examen que realiza Sergio Zermeño sobre el impacto de las políticas neoliberales en las relaciones entre el Estado y la sociedad en México ("La derrota de la sociedad. Modernización y modernidad en el México norteamericano", en *La jornada semanal*, núm. 211, 27 de junio, 1993, pp. 42-45) En dicho ensayo el autor afirma que "... lo que a partir de los años ochenta se llamó en México 'modernización' (definida como globalización y competitividad transnacional), ha resultado un ataque furibundo contra los actores de nuestra 'modernidad'" (p. 42) "...nuestra globalización se ha caracterizado ante todo por una destrucción sistemática de los más destacados actores de la sociedad civil [...] Ha significado [...] la destrucción de las instituciones y de los espacios de intermediación entre esos actores y el Estado: sindicatos, organizaciones gremiales, partidos, universidades, medios de comunicación autónomos, identidades de lo social básico como los movimientos sociales, las asociaciones restringidas, etc. [...] el proceso de modernización de la globalización subordinada implica el desmantelamiento de los actores modernos en favor de un núcleo reducido y poderosísimo de empresas transnacionales asociadas a las cúpulas del poder político estatal y en medio de la desorganización, pauperización y anomia crecientes que hoy caracterizan a siete de cada diez mexicanos" (p. 43).

³² Véase p.e. un texto reciente sobre el estudio de los movimientos sociales en Latinoamérica: *El juicio al sujeto. Un análisis global*

de los movimientos sociales, México, FLACSO/M.A. Porrúa, 1990, 173 pp., que incluyen colaboraciones de I. Wallerstein, S. Amin, A. Gunder Frank/M. Fuentes, J. Galtung y R. Guido/O. Fernández; también los diversos trabajos que analizan la situación de guerra en Centroamérica de los últimos 20 años; E. de la Garza T. (Coord.), *Crisis y sujetos sociales en México*, II vols., México, CIIH-UNAM, 1992; diversos trabajos sobre movimientos sociales en la revista *Nueva sociedad*, núms. 64, 87, 103, 104, 105, 106, 108, 111, 115 y 122; así como los ensayos críticos de K. H. Tucker (1991) y A. Touraine (1992) editados por *Theory, Culture & Society*, y la reseña crítica sobre la obra de Alberto Melucci: A. Bartholomew y Mayer, "Nomads of the Present: Melucci's Contribution to 'New Social Movement' Theory", en *Theory, Culture & Society*, vol. 9, núm. 4, nov. 1992, pp. 141-159; A. Melucci, "La acción colectiva como construcción social", en *Estudios sociológicos*, vol. IX, núm. 26, mayo-agosto 1991, pp. 357-364; June Nash, "Interpreting social movements: Bolivian resistance to economic conditions imposed by the IMF", en *American Ethnologist*, vol. 19, núm. 2, mayo 1992, pp. 275-293; J. Gledhill, "Agrarian social movements and forms of consciousness", en *Bulletin of Latin American Research*, vol. 17, núm. 2, 1988, pp. 257-276.

³³ Cfr. J. Habermas, "Observaciones sobre el concepto de acción comunicativa" en *Teoría de la acción comunicativa: complementos y estudios previos*, Madrid, Ed., Cátedra, 1989, pp. 479-507, y "Ciencias sociales reconstructivas vrs. comprensivas" (en: *Conciencia moral y acción comunicativa*, Barcelona, Península, 1985), como ejemplos de la utilidad y posibilidades de su propuesta filosófica para el análisis de las acciones sociales colectivas y para desentrañar el papel ideológico que han jugado las ciencias sociales. También: D. Campos R., "La hermenéutica en J. Habermas y las ciencias sociales", en *Ciencias sociales*, núm. 44, 1989, pp. 109-119; Fco. Galván D. (comp.), *Touraine y Habermas: Ensayos y teoría social*, México, UAP-UAM, octubre 1985-marzo 1986; Fco. Zapata, "Premisas de la sociología accionista", en *Estudios sociológicos*, vol. X, núm. 29, mayo-agosto 1992, pp. 469-487.

³⁴ J. Alonso, "Convergencias...", *op. cit.*, p. 21.

³⁵ Por ejemplo, la crítica que hace K. H. Tucker de J. Habermas y Jean Cohen sobre la insensibilidad de estos teóricos para analizar históricamente los viejos y nuevos movimientos sociales. La falta de atención al contexto histórico, matizan y debilitan sus reflexiones sobre la génesis y el desarrollo de los llamados "nuevos movimientos sociales". Tucker reconoce los importantes aportes de los autores criticados, pero opina que es necesaria la sensibi-

lización y consideración de tales contextos para fortalecer una teoría de la historia más cabal. ("How New are the New Social Movements?", *Theory, Culture & Society*, vol. 8, 1991, SAGE, pp. 75-98). También habría que considerar la respuesta del propio Habermas a sus críticos: *Teoría de la acción comunicativa: complementos y estudios previos*, Madrid, Cátedra, 1989. Alain Touraine hace también un conciso balance y reflexión sobre el futuro del análisis sociológico inmerso en el contexto y la dinámica de cambio contemporáneos. Aquí nos deja ver la necesaria utilidad de considerar el estudio de los movimientos sociales para la definición, no sólo del objeto sociológico, sino del camino que recorre la sociedad moderna dominada por el individualismo, la ideología neoliberal y la presión de los medios y la industria cultural masivos. ("Beyond Social Movements?", *Theory, Culture & Society*, vol. 9, 1992, SAGE, pp. 125-145). En su reciente: *Critique de la Modernité* (París, Fayard, 1992) retoma de nuevo el problema del sujeto social y su acción.

³⁶ Sería un grave error dejar de lado los aportes de otras corrientes y escuelas del pensamiento antropológico y sociopolítico contemporáneo, tales como las desarrolladas en Latinoamérica (p.e. los de la revista *Nueva sociedad*, núms. 64, 73, 87 y 91) así como en Estados Unidos y Europa, tanto del estructuralismo francés como del nuevo marxismo inglés, italiano, etc. Para el tema que nos ocupa, —los movimientos sociales— habría que pensar interdisciplinariamente, incorporando los aportes sociológicos,

semióticos, políticos, etc. Una aproximación al estado actual de la cuestión está en: A. Giri, "Understanding contemporary social movements", *Dialectical Anthropology*, vol. 17, núm. 1, 1992; otro autor que sintetiza la problemática de la cultura y su relación con las tensiones sociales fundamentales de nuestra era: J. B. Thompson, *Ideology and Modern Culture. Critical Social Theory in the era of mass communication*, Polity Press, Cambridge, 1992.

³⁷ Los distintos aportes para el análisis de los movimientos sociales deben ser comprendidos y reutilizados, en lo que puedan ser útiles, para el análisis de las especificidades latinoamericanas. Así, la teoría del comportamiento colectivo (Parsons, Smelser), la teoría de los sistemas (Lukhmann, Almond), el propio marxismo (Laclau, Elster), la teoría de la acción (Touraine, Melucci), etc., son conjuntos teóricos que van a coadyuvar diferencialmente a la constitución de un entramado conceptual más propio a nuestra realidad; y parece ser así como lo están haciendo y asumiendo los estudios latinoamericanistas (cfr. J. Alonso, "La convergencia, constitutivo del movimiento popular", *Sociedad y Estado*, núms. 4/5, Guadalajara, 1991-92, pp. 25-54.). Para una bibliografía reciente sobre los nuevos movimientos sociales en países como la India, Australia, Filipinas, etc., véase Peter Waterman, "Labour and the new social movements: a select bibliography", *Newsletter of International Labour Studies*, núms. 32-33, Nils, Holanda.